

¿Quién es mi madre, y quiénes mis hermanos?

Homilía 21 de noviembre 2016

Mt 12,46-50

p. G. Papparone o.p.

Queridos hermanos,

Esta *Palabra* puede incluso escandalizarnos a veces, porque el Señor parece alejarse de su madre, de sus hermanos....

Parece que no le importa que esta mujer que lo ama, que lo dio a luz, que está preocupada por él, venga a buscarlo.

En realidad, este no es el caso, ya que obviamente es fácil de imaginar.

Jesús quiere enseñar a sus discípulos, a sus oyentes, a todos nosotros a comprender **que Él ha venido al mundo para entregarse a todos, para amar a todos y para evitar que el gusano del privilegio se introduzca en su reino, de los derechos de aclamación por orden natural, por genealogía**, como sucede en las casas reales o en los grandes potentados, donde los hijos de los que tienen poder ya están “investidos” por nacimiento.

Por lo tanto, no hay algo debido, algo que se da por sentado en la relación con Dios.

En el nuevo reino, en el reino que Jesús vino a establecer, lo único que da valor a nuestras relaciones es el amor. El amor de Dios.

Un amor de Dios, sin embargo, no genérico, no emocional, no sentimental, sino un amor de Dios muy concreto, práctico y visible.

El que hace la voluntad de Dios, el que hace la voluntad de mi Padre, es para mí hermano, hermana, madre...

Significa que quien hace la voluntad del padre de Jesús, la voluntad de Dios, entra en una relación especial con Él, una relación llena de amor.

Es evidente que María, su madre, hizo la voluntad de Dios de una manera excelente y sublime.

Jesús, por tanto, no ignora, no quiere alejarse de sí mismo, **sólo quiere instruirnos a no pensar que en su reino hay otras razones, otras motivaciones, otros derechos, otras cosas más allá de lo que es la práctica del amor concreto a través de la palabra de Dios.**

Con esta *palabra*, el Señor nos enseña a comprender que sólo debe haber una preocupación en el centro de nuestras vidas: la de poner en práctica su palabra.

Pidamos al Señor Jesús que nos enseñe a vivir su palabra cada día con confianza y sencillez. De esta manera estamos seguros de que somos amigos de Jesús, sus parientes, que lo amamos y que somos amados, y que reinamos con él un día, al final de los tiempos, en su reino celestial.

Alabado sea Jesucristo.